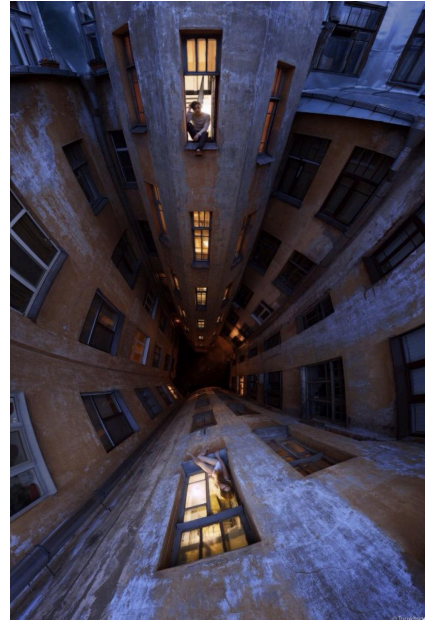


## Jeringas de charol

Dicen, que hay edificios guardados especialmente para quienes pecan. Grises, o blancos, adornados con ángeles hambrientos, que comen de ti. Es mi culpa, de todos modos. Por haber probado de más. Así es como me imaginé el centro de rehabilitación en el que pasaría un año, rosado pálido con una arquitectura brutalista. En donde aprendí que lo que llega como bendición se convierte en maldición. Recuerdo el último día, en donde salté las rejas y luces rojas parpadeaban por la ciudad, y sonaba Roy Orbison en la pieza donde nos inyectamos con quien fue mi madre.



Érase una infancia precoz, pero cautivada por sus zapatos de charol y sus chalecos tejidos por su abuela, una niña con la que nos convertimos la madre de la otra. Recuerdo haberla conocido y haber pensado, es una niña que embriaga la vida, es como yo. Linda, se llamaba.

“Uno, dos, quién cuenta sus pecados hoy”

Recuerdo los llantos de esa mujer el primer día en el centro, y sus lamentos por el aborto que tuvo. Recuerdo haberla mirado a ella; era la única desconectada de esa experiencia, como yo, como si no estuviésemos allí.

Yo no debería estar acá, pensé. La miré, y ella a mí, y supe que tenía una amiga.

Uno, dos, salgamos a conversar con un cigarrillo.

Teníamos trece, pero los cigarrillos hieren menos que jeringas en el centro. No teníamos a nadie, no nos parecíamos a nadie, pero éramos el espejo de la otra.

Uno dos, llegó un nuevo adicto, pero de los que le daban alas a los que estábamos allí. Su culpa eran los niños, sus clientes favoritos. Era un hombre melancólico, callado durante el día, pero cuando el delirio se le impregnaba en olores dulces y cálidos como un hogar, su desvergüenza se convertía en el espectáculo que encarnaba el alma del centro. Le llamaban el mago, porque el que estuviera vivo parecía arte de magia.

Se paseaba sin camisa por el centro, como si fuese el dueño del mundo, ostentando sus clavículas y costillas afiladas como un cuchillo, fumando un cigarrillo tras otro, la monotonía del día y su autodestrucción lo condenaban. Era increíblemente carismático, y sus historias en las terapias en grupo eran las más divertidas.

“Hay campos y várices, en donde niños y niñas son felices” dijo un día, en terapia, dentro de sus delirios.

“¿A qué te refieres?” dijo la enfermera.

“Para los niños huérfanos hay un lugar reservado en el cielo.”

Era un hombre extremadamente turbio cuando perdía el hilo de la conversación, pero cuando sus pies volvían a tocar la tierra, y nos regalaba chocolates para la ansiedad, mientras nos aconsejaba cómo controlar los cravings, de que duraban media hora y tal, era el predicador más dulce del lugar, era como un padre delirante.

Nos contó que no recordaba un padre, pero sí una jeringa que mandaba su vida. Nos contó de ella, de sus colores y sensaciones, y de que debías obedecerle como a un padre y que te abrazaba como una madre, pero de que te mordía por las noches. Una contradicción, pensé.



Una noche, entre el sopor de los cigarrillos y el sueño a medias, lo mirábamos desde nuestra habitación, entrelazadas entre el silencio del centro y las clavículas de nuestro padre

predicador, y cuando volvíamos a la realidad, deseábamos que se tapara. Nos estaba irritando. Hace unos meses llamaba la atención por su notable delgadez, como si alimentase sus huesos de vino.

“Siempre habla de lo mismo, es decir, por qué simplemente no muestra aquello que cuenta?” le dije a Linda.

“Muy lindo todo, pero quién te abrazará por las noches cuando no esté ella?”

La miré, noté que sus manos largas temblaban ligeramente mientras jugaba con su cigarrillo a medio encender. Sus ojos trataban de mantenerse fijos en un objeto pero se desorbitaban, estaba con ansias de consumir, como yo. Sus zapatos de charol brillaban, y noté que sus manos aunque demacradas por rascarse, eran bellas. Todo de ella lo era.

“Yo lo haré” le dije, y nos sumergimos en el lado oscuro de nuestro padre, como dos niñas que buscan en la otra un cuidador.

Érase de día, y los ángeles que se alimentaban de nosotros nos buscaban, y las luces rojas parpadeaban por todo el centro. Las amantes suicidas, nos llamaban.

Tú corrías escuálida, por los pasillos, con tus zapatos de charol, mientras las luces rojas te seguían como un recuerdo imposible de borrar, y yo, sin ti, era carne huérfana para alimentar. Para los huérfanos hay un espacio en el cielo reservado, nos habían dicho, pero nos habíamos convertido en el peor insulto para alguien roto. No teníamos padres, pero no era necesario para haber sentido que tuvimos uno. Esa misma mañana, se tiró de la ventana, y había dejado una carta. Pidió por todos los hijos de su adicción, y pidió perdón por lo que nos hizo, y así, sin más, a nuestros trece años, supimos que era muy tarde para estar agradecidas de la vida.

“Es muy tarde” me dijo, y vi sus ojos morados deslizándose, buscándome. “Escapa tú” me dijo.

Vi el arrepentimiento en sus ojos, y me indigné.

“Linda, qué te pasa, podemos hacer una nueva vida afuera, acá no queda nada, nos quieren encerrar para siempre.”

“No te acerques a mí, lo has asesinado con tus deseos.”

Y dejó caer sus zapatos de charol, ya rotos de tanto correr.

“A ti te servirán, siempre te gustaron, corre, no te rindas ante la nostalgia, no vuelvas.”

Pasaron diez años y nunca más escuché de ella, pero conservo sus zapatos de charol en mi ropero. Solo sé de ella que nos hemos alimentado de la otra. ¿Se habrá recuperado? ¿Será de aquellas mujeres que miran mis zapatos en las calles? No alcancé antes decirte, que para mí, tú fuiste una madre, pero con el dolor de un padre.

